

LA GRAN ILUSIÓN

Creo que este título fue el de una película de esas muy viejas que tanto gustan a mis padres y que a mí me dan tanta güeva. “Esas sí eran películas y no lo de ahora con tanta violencia y tanto sexo”. Lo mismo dicen de la música, de los libros y de todo. Imagínense que a mi madre casi le da el torzón porque me tatué las bubies. A ella qué le importa, son las mías y no las suyas. La realidad que si ella se decidiera le podían tatuar una batalla campal con cañones, cientos de soldados y aviones, de tan grandes y caídas que las tiene. Yo en la izquierda, la del corazón, hice que pusieran: Te amo Alejandro Bonifacio. Qué chinga que mi peor es nada tenga un nombre tan largo pero me pidió que lo escribiera completo. Yo iba a poner Te amo Alex. Alex es como le digo. Pero él que no, que completo o nada. Le encanta verlo y, por qué no decirlo, acariciarlo, hasta le da de besos. Yo lo dejo pues el nombre es suyo y puede hacer con él lo que le guste.

Me imagino que les entró la curiosidad y quieren saber qué me puse en el otro pecho. Soy bien cursi y me tatué una rosa roja. Está bien chida.

¿Por qué empecé este relato con lo de la gran ilusión? Ya sé, fue porque mi jefa me pidió que la consiguiera en el puesto de películas piratas que está cerca de mi escuela. Me dijeron que me la van a traer. Pero la frasesita me hizo pensar. ¿Cuál es mi gran ilusión? O simplemente mi ilusión.

La verdad que me choca pensar, para qué me sirve. Yo a lo que te truje. Si me pusiera a pensar no hubiera pasado nada entre Alex, Alejandro Bonifacio, y yo. Si me pusiera a pensar tendría que obedecer a los maestros, a la familia, a mi hermano grande. Qué vayan todos a chingar a su madre.

Ahora que lo recuerdo si tuve ilusiones, pero eso fue de niña. Vi no sé cuál de las películas mamonas de Disney y me hice la ilusión del príncipe, el castillo, mis esclavos, los divanes para acostarme mientras me echaban aire con grandes abanicos dos negrotos. Nunca me imaginé acostándome con ellos, en esos tiempos no sabía nada de lo bueno de la vida, o sea del sexo. Era bien bruta.

Otra ilusión, más jalada que la anterior, era desear que mis papás, mis hermanos, mi abuela y demás parentela formemos una verdadera familia en el futuro, que mi padre ya no se ponga hasta atrás todos los días, que mi hermano deje las hierbas, que mi mamá sea cariñosa y arreglada, que la bruja de mi abuela nos prepare chocolate y churros para que merendemos, que todos cantemos al final de la cena y nos vayamos a dormir después de despedirnos con besitos todas las noches. ¡Qué pendejada! ¿No?

Por lo pronto me voy a ir a dormir, no en mi castillo y tampoco con los besitos de mi familia. Así está mejor. ¿No lo creen? Las ilusiones jamás se cumplen, más bien no existen. ¡Punto!

Tomás Urtusástegui

Nov 2010